

Jornadas de Becarios y Tesistas 2016 UNQ

- 1) Título: **Entrecruzamientos: lecturas relacionales de Michel Foucault y Pierre Bourdieu.**
- 2) Autora: **Alina Herrera**
- 3) Dirección electrónica: **alina.herrera.94@gmail.com**
- 4) Formación de grado y/o posgrado en curso: **Licenciatura en Comunicación Social.**
- 5) De corresponder, tipo de beca: ---
- 6) De corresponder, tema de la tesis en preparación: **Construcción de figuras ideales de sujetos en textos papales.**
- 7) Director de la beca y/o de la tesis: **Alejandro Kaufman**
- 8) Denominación del programa o proyecto en cuyo marco se inscribe la beca y/o la tesis y director del mismo: **Violencia social, género y comunicación: problemáticas del presente y la memoria en la actualidad argentina.**
- 9) De corresponder, denominación del agrupamiento (instituto, centro, unidad de investigación, observatorio o laboratorio) en cuyo marco se inscribe la beca y/o la tesis y director del mismo: **Centro de Estudios en Cultura, Historia y Memoria del Departamento de Ciencias Sociales. Directora: Judith Faberman.**

Resumen

La presente ponencia se propondrá, como evidencia su título, realizar una lectura hermenéutica, densa y relacional entre dos textos, uno de Michel Foucault y otro de Pierre Bourdieu. Los materiales elegidos son particularmente Historia de la sexualidad (volumen 1, La voluntad de saber)¹, del primer autor; y La dominación masculina², del segundo.

Como método de lectura y análisis será utilizado el presentado por el paradigma indiciario de Carlo Ginzburg, que marca un rumbo en las prácticas investigativas del proyecto de investigación del que forma parte la autora. Además, cabe aclarar que este trabajo de descripción y reelaboración teórica forma parte de los procesos de construcción e interpretación de un marco teórico para su Seminario de investigación en curso.

Serán tomados como ejes centrales la consideración del género en ambos escritos y su influencia evidenciada por los autores en la trama social. Particularmente, se intentará explorar las marcas por las que uno y otro texto demarcan la existencia de una matriz de pensamiento por la cual el juego social se configura, condiciona, reproduce y legitima sin necesidad de denominarse explícitamente como un campo de luchas.

1 Foucault, M (2012). Historia de la sexualidad (vol. 1). Buenos Aires: Siglo XXI editores.

2 Bourdieu, P. (2000). La dominación masculina. Barcelona: Editorial Anagrama.

Ponencia

Entrecruzamientos: lecturas relacionales de Michel Foucault y Pierre Bourdieu

Cuando Pierre Bourdieu escribe sobre la necesidad de “denunciar los procesos responsables de la transformación de la historia en naturaleza, y de la arbitrariedad cultural en *natural*” (Bourdieu, 2000: 12), lo que está evidenciando es la acuciante pregunta por la ortopedia significativa que ha recubierto los procesos culturales por los que ciertas características de la vida social, arrastradas y reproducidas durante largos períodos de tiempo, se llegaron a condensar en objetos del orden de la “naturaleza humana”. Los géneros en cuanto que hábitos sexuados, continúa el autor, se constituyeron en el fundamento natural de la división arbitraria primaria que se impone en la sociedad a través de sus instituciones más monumentales y penetrantes, el Estado, la escuela, la familia y la Iglesia.

Por otra parte, Michel Foucault recorre la historia de la (mal) llamada *Edad de la represión*, aproximadamente ubicada entre los siglos XVII y XX, durante la que se desarrolló toda una gama de formas de nombrar, clasificar, intervenir, calificar, medicalizar, contabilizar y registrar las prácticas y los saberes organizados alrededor del sexo. En este recorrido se pone en evidencia el afán por atravesar con los discursos y las prácticas institucionales de la época al sexo, hecho que se lleva a cabo con la conciencia implícita (o a veces sumamente explícita) de que en éste pueden hallarse los orígenes de las más variadas eventualidades en la vida de los sujetos: “el deber de decirlo todo y el poder interrogar acerca de todo encontrarán su justificación en el principio de que el sexo está dotado de un poder causal y polimorfo. [...] El principio del sexo como causa de todo y de cualquier cosa” (Foucault, 2012: 66).

Naturalización y reproducción de un paradigma binario y masculino

“...lo «natural» no es necesariamente valor «humano». La humanidad ha empezado a desbordar la naturaleza. Ya no podemos justificar el mantenimiento de un sistema discriminatorio de clases sexuales basándonos en su enraizamiento en la Naturaleza”.

Shulamith Firestone, 1973: 19

Lo primero que Bourdieu hace es evidenciar una complicación intrínseca del campo en el que se mueve para analizar una desigualdad milenaria: los esquemas de percepción e interpretación son históricamente de orden masculino, por lo cual, están contruidos desde el mismo paradigma cultural que pretenden analizar. Esto implica que, de no hacerse un trabajo de objetivación de las categorías taxonómicas inconscientes que la sociedad posee y reproduce, un proceso de extrañamiento de las formas cognitivas y las “categorías de entendimiento” que se nos presentan deshistorizadas y naturales, se estaría recurriendo a modos de pensar atravesados por la dominación que se pretende exponer. Se utilizarían así instrumentos aportados por el sistema de dominación para intentar desentrañar y exponer el funcionamiento de ese mismo sistema.

Desde el paradigma cultural en cuestión, la división entre los sexos aparece inevitable:

... la fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación [...] se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa maquinaria simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división sexual del trabajo, las actividades asignadas a cada uno de los sexos, los espacios, los momentos, los instrumentos...
(Bourdieu, 2000: 22)

Bourdieu explica que las diferencias biológicas entre los cuerpos masculino y femenino, y especialmente entre los órganos sexuales (en su anatomía) se utilizó como principio fundador de una serie de metáforas que se embebieron de la potencia fáctica de la biología y se proyectaron así con un aura de similar naturalidad e inevitabilidad. La diferencia anatómica se constituyó en garante

de una serie de diferencias sociales inmanentes.

A partir de esto surgen varias connotaciones metafóricas y prácticas tanto de los cuerpos como de las subjetividades, las funcionalidades y las valoraciones atribuidas a los géneros, distribuidos únicamente en esta oposición binaria fundacional hombre-mujer: lo masculino es relacionado directamente con lo viril, lo audaz, lo público, lo temerario, lo superior, lo activo, lo derecho, lo claro, lo agresivo, la fuerza, lo duro, lo legítimo, etc.; mientras que lo femenino se ve definido estereotípicamente como lo débil, lo suave, lo misterioso, lo oscuro, lo denso, lo lento, lo procesual, lo paciente, lo sumiso, lo blando, etc. Y en caso de que un cuerpo identificado (en su anatomía) con uno de estos encuadres no cumpla con las valoraciones que se esperan de él y comparta alguna o algunas de las correspondientes al otro es descalificado por ambos polos. Esto sucede con los varones amanerados, las mujeres “varoniles”, los y las homosexuales, los y las andróginas, etc.

Es así que el orden que constituye al cuerpo como una “realidad sexuada”, que impone la determinación de lo masculino o (en su falta-defecto-negativa) lo femenino por encima de cualquier otro carácter, clasifica del mismo modo al mundo (mediante características/valores que significan por oposición a otros) y por ende, al cuerpo social. Esta división genérica, limitada y artificial, ve garantizada su legitimidad por la división primaria, primigenia, insuficiente pero tipificada como natural impuesta a los sexos. Así cierra Bourdieu (2000) el círculo del razonamiento:

La fuerza especial de la sociodicea masculina procede de que acumula dos operaciones: *legítima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción social naturalizada.* [...]

El trabajo de construcción simbólico se completa y se realiza en una transformación profunda y duradera de los cuerpos (y de los cerebros), o sea, en y a través de un trabajo de construcción práctico que impone una *definición diferenciada* de los usos legítimos del cuerpo, [...] para producir ese artefacto

social llamado un **hombre viril** o una **mujer femenina**. (p. 37)

Esta dinámica implica que los esquemas masculinos de percepción y juicio del mundo, embebidos de un aura de objetividad, son la matriz de los pensamientos y las acciones de todos, varones y mujeres. De lo que se infiere que las mujeres aplican estas miradas sobre su realidad, habituadas a las relaciones de poder en las que se condensa su dominación:

Los dominados aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas aparecer de ese modo como naturales. Eso puede llevar a una especie de autodepreciación, o sea de autodenigración sistemáticas [...] La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador. (Bourdieu, 2000: 50-51)

Y esta violencia simbólica nace en la falta de herramientas y estructuras al alcance de los dominados o dominadas para pensarse a sí mismos y sus relaciones sin acudir a los esquemas pertenecientes a dominadores. Las valoraciones que el polo dominador hace sobre los demás sujetos son aquellas que esos sujetos se sienten obligados a compartir: a falta de otras opciones naturalizan y universalizan caracterizaciones ajenas sobre ellas o ellos mismos.

A esta dominación instaurada no es posible pensarla en relación a formas de coacción o razonamiento, su dinámica de funcionamiento es mucho menos lógica y mucho más emocional, perceptiva y subjetiva. Se evidencia en impulsos, aparece espontáneamente, pero está constituida a través de un denso juego de fuerzas simbólicas que activa los profundos y enraizados mecanismos que la vida misma en una sociedad determinada ayudó a edificar a través de las instituciones que atraviesan y delimitan el desarrollo de cada sujeto. Firestone ofrece de forma más coloquial un buen ejemplo de esta falta de estructuras propias de construcción de identidades típica de quienes se ven en situación de inferioridad dentro de las relaciones de dominación; específicamente ella hace referencia a la lucha de las mujeres por conformarse como constructoras activas de la cultura y el arte:

...en esta cuestión de la autenticidad, las mujeres carecen de medios para llegar a un acuerdo acerca de qué es lo que realmente su experiencia les dicta y de si

realmente ésta es distinta de la de los hombres. El instrumento de representación, de objetivación de la propia experiencia para poder examinarla, está tan plagado de prejuicios masculinos, que casi nunca pueden contemplarse culturalmente las mujeres a sí mismas a través de sus propios ojos. (Firestone, 1973: 198-199)

Una historia de sexo, poder y saber

Frente a la hipótesis de la infranqueable represión victoriana, Michel Foucault despliega una amplia red de razonamientos que desafían una concepción tan estéril de la relación entre sexo y poder. Propone cambiar la pregunta por el *por qué de nuestra represión hacia el sexo* y todo lo que lo rodea por una que se concentra en el *por qué de nuestra insistencia en afirmar que nuestro sexo es (o fue) reprimido*. Sin ánimos de llevar a cabo un registro cuantitativo, Foucault observa que en oposición a lo que se repetía una y otra vez en la literatura (tanto académica como artística), los discursos sobre el sexo no fueron prohibidos, silenciados o condenados, sino que más bien, se desarrolló toda una gama de nuevas formas de hablar sobre y al sexo. Si bien ciertas maneras de referirse a las actividades de índole sexual comenzaron a ser desaprobadas en determinadas circunstancias o círculos sociales, nunca en la historia se había interpelado de forma tan directa e intensa a los sujetos sobre su sexo: “... el sexo ya no debe ser nombrado sin prudencia; pero sus aspectos, correlaciones y efectos tienen que ser seguidos hasta en sus más finas ramificaciones.” (Foucault, 2012: 19-21). Las barreras y condiciones puestas al discurso, en las que parece haberse basado la hipótesis represiva, son posiblemente, maneras de hacer *moralmente aceptable y técnicamente útil* esta forma de discurso pormenorizado, que se concretó específicamente a partir y en la figura de la confesión: forma extendida en función del éxito del cristianismo por todo occidente.

El autor continúa desglosando la verdadera existencia de estos dispositivos de tratamiento del sexo:

Desde el siglo XVIII el sexo no ha dejado de provocar una especie de eretismo discursivo generalizado. Y tales discursos sobre el sexo no se han multiplicado fuera del poder o contra él, sino en el lugar mismo donde se ejercía y como medio de su ejercicio; en todas partes fueron preparadas incitaciones a hablar, en todas partes dispositivos para escuchar y registrar, en todas partes procedimientos para observar, interrogar y formular. Se lo sacaba a la luz y se lo constreñía a una existencia discursiva. (p. 35)

Y si se quiere hablar de ramificaciones, de formas en las que los discursos estructuraron la información que pedían al sexo, encontramos entonces las preguntas que le hicieron la demografía, la biología, la medicina, la psiquiatría, la psicología, la moral, la pedagogía, la crítica política; una incitación a hablar de forma regulada y específica. A diferencia de los siglos anteriores, en los que la sexualidad de la pareja (heterosexual, legítima, fértil) era la que se veía asediada y exigida, a partir del siglo XVIII aparecen en escena (reconocida su existencia, aunque no más validadas) todo un nuevo abanico de sexualidades periféricas interrogadas: la de las niñas y niños, la de perversos, la de homosexuales, etc. Foucault defiende que estas formas de palpar, de perseguir, de preguntar y registrar al sexo no intentan esquivarlo o silenciarlo, sino que más bien lo ponen en el centro del mapa, como modo de especificación de los sujetos: lo usan como matriz de clasificación y núcleo identitario de las personas.

El poder es quien toma a su cargo la sexualidad: la intención de producir discursos del orden de *lo verdadero* justifica todos los procedimientos mediante los cuales este poder cuestiona, delimita e interviene los cuerpos. Se produce una sensualización del poder, un placer en el tira y afloja de la persecución y la confesión.

Captación y seducción; enfrentamiento y reforzamiento recíproco: los padres y los niños, el adulto y el adolescente, el educador y los alumnos, los médicos y los enfermos, el psiquiatra con su histérica y sus perversos no han dejado de jugar este juego desde el siglo XIX. Las llamadas, las evasiones las incitaciones circulares han dispuesto, alrededor de los sexos y de los cuerpos, no ya fronteras

infranqueables, sino *las espirales perpetuas* del poder y el placer. (Foucault, 2012: 47)

Y es justamente el poder quien es invisibilizado de las condiciones de producción de estas *verdades*. Las relaciones de poder que atraviesan aquello que se presenta como *conocimiento puro* son recubiertas por las frías estructuras y dispositivos de la “actividad profesional”, un intento por homologar menos los confesionarios y más los laboratorios.

Foucault va más allá incluso, y escribe que la dominación toma una forma particular en estos juegos de saber y poder: aquí no es quien habla (el dominado o dominada) quién, en base a su saber, está en una situación de poder. Por el contrario, la dominación es ejercida por quien escucha, quien pregunta, y la confesión de saberes y experiencias, deseos e imaginaciones produce efectos en quien confiesa, y no en quien recibe la información. El verdadero valor de lo obtenido mediante estos procesos no está dado por la *calidad* del secreto obtenido, sino más bien por el esfuerzo que haya costado extraerlo, la bajeza de los temas tocados debe producir reticencias y humillaciones que, al ser finalmente franqueadas dan el secretísimo material que tanto se perseguía; si estas resistencias no fueran difíciles de superar el valor del producto no sería el mismo, ya que la veracidad de la información depende en un punto de lo dificultosa que haya resultado su obtención (Foucault, 2012: 60).

La sexualidad hace su aparición entonces, ese punto de encuentro entre el sexo, los placeres y la obsesión científica por la producción de verdad. Se la definió como un dominio que podía ser afectado por procesos patológicos y que necesitaba de la intervención médica para normalizarse y alcanzar la salud. Y esa intervención no podía darse por medio de otro tipo de relaciones que no fueran las de poder. Como ya se esbozó anteriormente, el poder atraviesa todos estos dispositivos de producción de *verdad* sobre el sexo (la sexualidad), pero no (sólo) encarnado en las instituciones y aparatos de sujeción a un Estado; por poder hacemos referencia (tanto

Foucault como la autora) a la omnipresente y constante distribución de focos y estados de relación que, en su desigualdad, producen estados de dominación. Siempre es tensa la relación entre los polos desequilibrados de fuerza, es inestable y de efectos inmediatos, no puede institucionalizarse o asegurarse, ya que depende en cada instancia de la confirmación y juego mutuo de las partes (Foucault, 2012:89). Las relaciones de poder se constituyen en redes que atraviesan las estructuras y los aparatos de las instituciones sin fijarse en ellos de forma estática, forman focos de poder-saber y organizan esquemas de conocimiento que son por tanto, productores de un conocimiento que ya no puede presuponerse libre o desinteresado.

La sexualidad aparece más bien como una vía de paso para las relaciones de poder, particularmente densa: entre hombres y mujeres, jóvenes y viejos, padres e hijos, educadores y alumnos, sacerdotes y laicos, gobierno y población. [...] parece posible distinguir, a partir del siglo XVIII, cuatro grandes conjuntos estratégicos que despliegan a propósito del sexo dispositivos específicos de saber y de poder. (Foucault, 2012: 99-100)

Estos cuatro dispositivos son la **histerización de la mujer**, la **pedagogización del sexo del niño**, la **socialización de las conductas procreadoras** y la **psiquiatrización del placer perverso**. El primero es definido como un triple proceso por el cual el cuerpo de la mujer es analizado y caracterizado como un cuerpo íntegramente saturado de sexualidad, patologizado en su mismo ser, con la obligación de someterse a la medicalización, que carga con la capacidad de la fecundidad del cuerpo social entero, que está a cargo del cuidado del espacio familiar y sobrelleva la total responsabilidad moral y biológica sobre la crianza de los niños y niñas.

Firestone de nuevo aporta con su clara escritura un conciso resumen de los efectos opresivos sobre mujeres, niños y niñas causado por la institución familiar patriarcal, que se relaciona intensamente con esta patologización del cuerpo femenino y las funciones que se le atribuyen:

A las mujeres y a los niños se los menciona siempre juntos: «Las mujeres y los niños al refugio!». [...] El núcleo de la opresión femenina hay que buscarlo en sus funciones procreadoras y de crianza. A su vez, los niños se definen en relación a dicha función y son formados psicológicamente por ella... (1973: 93)

La pedagogización del cuerpo del niño, por su parte, trae la idea de que la sexualidad infantil es a la vez “natural” y “contra natura”, que implica peligros físicos, morales, colectivos e individuales. Foucault habla metafóricamente de “ese germen sexual precioso y peligroso” que deben tomar a su cargo de manera ininterrumpida distintos profesionales (psicólogos, médicos, educadores) en conjunto con las familias.

La socialización de las conductas procreadoras fue la responsabilización de las parejas respecto de la fecundidad del cuerpo social entero. Se crearon estrategias para regular las tasas de nacimientos a través de formas de incidencia políticas, médicas o económicas en la vida marital.

Por último, la psiquiatrización del placer perverso consistió en la demarcación de lo que eran las *conductas anómalas* y el desarrollo de múltiples formas de medicalizar y “corregir” estas *desviaciones*.

Estos cuatro focos de la atención, la investigación y las intervenciones sobre la sexualidad son otra de las evidencias que indican no un orden represivo, negador, íntegro y únicamente prohibitivo; sino más bien un interés estratégico, polimorfo y controlado.

Coincidencias, acuerdos y cruces teóricos

Como hemos visto hasta ahora, el trabajo de ambos autores está atravesado por la pregunta sobre el poder y la dominación en relación al sexo, los géneros y el saber. En el caso de Bourdieu se trata de una dominación históricamente solapada, legitimada en su misma falta de formas alternativas de percepción del campo social. La dominación masculina es enormemente eficiente en

su consolidación como único paradigma de codificación³ de las características, los comportamientos, los espacios, las herramientas, los cuerpos y los imaginarios de las personas; su verdadera fuerza se encuentra en la capacidad que tiene de presentarse como surgida del ámbito de la naturaleza y no de la cultura. De esta forma, las *clases sexuales*, como las denomina Firestone (1973) al comienzo de su escrito, están sometidas a una división tan profunda que resulta imperceptible, y en el extraño caso de ser notada esta división, es sólo bajo la forma de desigualdades superficiales, sin desentrañar la raíz del problema de una inclinación tan extrema en la balanza de las relaciones de poder.

La transferencia de las diferencias anatómicas entre los cuerpos de varones y mujeres al campo de lo social con el peso de la *ley natural* produce una instantánea e infinita ramificación de los campos de influencia de esta matriz. De nuevo, Firestone trae un ejemplo perfecto:

...las disparidades físicas han sido ampliadas mediante variantes en el vestir, en la educación, modales y actividad, hasta el punto de hacer parecer «natural» y casi instintivo este hábito cultural adquirido –proceso de exageración que lleva a una fácil creación de tópicos; gracias a todo ello el individuo parece adquirir una animalidad diferenciada, con su propio código de leyes y de comportamiento («¡Jamás entenderé a las mujeres!») (p. 113)

Las instituciones juegan un rol central en la perpetuación, reproducción y naturalización de las diferenciaciones entre estos polos binarios sexuados:

...los ritos de instituciones [...] se inscriben en la serie de operaciones de diferenciación que tienden a acentuar en cada agente, hombre o mujer, los signos exteriores más inmediatamente conformes con la definición social de su diferenciación sexual o a estimular las prácticas adecuadas para su sexo, a la vez que impiden o dificultan los comportamientos inadecuados, sobre todo en la relación con el otro sexo. (Bourdieu, 2000: 39-40)

Y si llevamos esta misma diferenciación a las ciencias, notamos que la polarización de los

3 En el sentido que le da Stuart Hall a la palabra, en *Codificar/decodificar* (1996).

habitus es mucho más marcada aún. No solamente en el ámbito de producción de conocimientos hay un gran peso de la presencia fáctica masculina (los espacios de la investigación han sido abiertos a las mujeres con increíble lentitud, dificultad y desagrado), o en su defecto, de la matriz masculina de pensamiento (Firestone explica cómo, aún cuando las mujeres consiguieron penetrar en el hermético mundo de los estudios universitarios, aquellas que buscaron en la medicina o en la psicología las respuestas a sus propios padecimientos se vieron analizadas a sí mismas desde las perspectivas masculinas, sin posibilidad siquiera de reconocer o hallar coincidencias entre aquello que les indicaban que les sucedía y lo que percibían sobre ellas mismas⁴); también en relación a los objetos de estudio hay una marcada coincidencia con la visión masculina del mundo. Se produce aquí una fuerte conjunción con los análisis de Foucault en *La voluntad del saber*, donde (como está escrito unas páginas antes) describió cuáles eran los principales ejes de incidencia en el cuerpo sexual social y las correspondientes estrategias de intervención que el dispositivo de sexualidad desarrolló durante el siglo XIX. Estos fueron, recordemos, la sexualización del niño, la histerización de la mujer, la socialización de la reproducción y la psiquiatrización de las perversiones. Por lo menos dos (tal vez tres) de esos dispositivos alrededor de los que se organiza el saber-poder de la época están íntimamente relacionados con una visión masculina de la mujer, sus características y sus formas y lugares de acción: la **histerización de la mujer** implica fácticamente el señalamiento de su potencia sexual como patológica, una saturación de su identidad alrededor de las características de una intrínseca tendencia a la histeria y la obsesión fundadas en una incompletitud y enfermedad de su sexo mismo, y un abierto desinterés del investigador (masculino, científico, objetivo) por causas contextuales de sus condiciones psico-sociales de existencia.

La burguesía comenzó por considerar su propio sexo como cosa importante, frágil tesoro, secreto que era indispensable conocer. El personaje invadido en primer lugar por el dispositivo de sexualidad, uno de los primeros en verse “sexualizado”,

4 Firestone, S. (1973). *La dialéctica del sexo*. Página 89. Barcelona: Editorial Kairós.

fue, no hay que olvidarlo, la mujer “ociosa”, en los límites de lo “mundano”, donde debía figurar siempre como un valor, y de la familia, donde se le asignaba un nuevo lote de obligaciones conyugales y maternas: así apareció la mujer “nerviosa”... (Foucault, 2012: 116)

Hablando de la forma por la cual se construyó esta histerización del cuerpo femenino, Foucault desdobra esta conformación en tres definiciones del sexo, que lo erigen como motor taxonómico:

... como lo que es común al hombre y a la mujer, como lo que pertenece por excelencia al hombre y falta, por lo tanto, a la mujer; pero también lo que constituye por sí solo el cuerpo de la mujer, orientándolo por entero a las funciones de reproducción y perturbándolo sin cesar en virtud de los efectos de esas mismas funciones... (Foucault, 2012: 145)

Esta función reproductiva, es lo que tanto Bourdieu (2000) como Firestone (1973) identifican como una de las bases de la separación sexuada de la sociedad, piedra angular utilizada para forjar las ideas de feminidad y masculinidad, herramienta de sometimiento de las mujeres a sus ciclos biológicos y reproductivos.

Así encaramos directamente la relación entre este proceso de histerización y el siguiente a analizar en relación con la visión masculina sobre “lo femenino” y “la mujer” como objetos de la ciencia: la **pedagogización del sexo en la infancia**. Esta matriz de organización del saber sobre la sexualidad se originó en la concepción de existencia de un peligro intrínseco de la sexualidad adulta en caso de verse afectada/activada durante la niñez de los sujetos. Uno de los dogmas de la medicina de los siglos XVIII y XIX fue la idea de que la precocidad sexual provocaba luego esterilidad, frigidez, impotencia o incapacidad de experimentar placer; pensamiento que sentó las bases para la creación de estructuras de control, destinadas a *proteger* esa futura sexualidad en su versión germinal. Y la noción del principal agente encargado de este control (especialmente en estadios precoces, antes de que las instituciones como la escuela y la psicología tomen bajo su

tutoría la tarea) aparece implícita pero inevitable: las mujeres, las madres. Como principal figura a cargo de la crianza, cuidado y educación de la descendencia poseen un rol primordial, especialmente en la cotidianeidad, en la que irrumpe esporádicamente de forma directa y evidente la “ley paterna omnipresente”.

En la familia tradicional existe una polaridad paterna: se espera de la madre que ame abnegadamente al hijo, incondicionalmente incluso, mientras que el padre, por otro lado, raramente asume un interés activo por él -desde luego no en el aspecto de sus cuidados íntimos- y, más tarde, cuando el hijo ha crecido ya, su amor es condicionado -está en función de los logros y éxitos obtenidos. (Firestone, 1973: 66)

Esta polaridad es la que fundamenta los ritos que Bourdieu (2000) describe como emancipatorios de los varones con respecto de sus madres, a cargo de los procesos para virilizar niños y muchachos (p. 40). Y está basada en la misma noción de que las mujeres están naturalmente predisuestas a las labores hogareñas, la paciencia, la virtud educativa, la amorosidad, la crianza de los niños y niñas, etc. Firestone (1973) se opone a estas nociones y remarca que son adquiridas (e impuestas) a través de las exigencias sociales de diferenciación a las que son sometidos niños y niñas desde la primera infancia:

... es por lo que se la anima tanto [a la niña] a jugar con muñecas, a «jugar a ama de casa», a aparecer bonita y atractiva. Se confía en que no sea una de las que repudian sus funciones hasta el último minuto. Se confía asimismo en que acceda a ellas de forma temprana, mediante la persuasión, artificialmente y no por necesidad; en que la promesa abstracta de un bebé sea reclamo suficiente, sustitutivo de este excitante mundo de «Viaje y aventuras» [prometido y reservado al hijo varón por su padre]. (p. 72)

Para no extender demasiado el análisis en este área, no olvidemos que aún resta un campo de organización del saber-poder sobre la sexualidad que se desarrolló bajo la falsa conciencia del orden represivo victoriano que espera ser analizado en su relación con la discriminación sexual y la

dominación masculina: la **socialización de las prácticas reproductivas**. Este campo está definido previamente en este trabajo por su relación con las estrategias dirigidas a regular las tasas de natalidad y mortalidad infantil, las prácticas de crianza y las condiciones de reproducción de una sociedad. La sexualidad de las parejas toma un rol nuevo al convertirse en la portadora de las nuevas generaciones, matriz de supervivencia del cuerpo social: ya no está puesta en relación con el ámbito privado intrínsecamente, encerrada al interior de los hogares; sino que se la examina sobre una mesa de operaciones (medicina, a cargo de la fecundidad en su sentido biológico, y por tanto en relación estrecha con el proceso de histerización de la mujer y su medicalización), a través de gráficos poblacionales (demografía, a cargo de la creación e interpretación de censos para la organización de políticas de regulación a nivel estatal, a veces de carácter eugenésico) o en divanes (el psicoanálisis tomó a su cargo la responsabilidad de establecer correlaciones entre las estructuras mentales, la salud física y las tendencias a perturbar el orden social y su perpetuación). Un ejemplo de encuentro y relación directa entre esta necesidad de regular la reproducción poblacional, la estructuración de las obligaciones maternas femeninas al interior de la organización familiar, el boom del psicoanálisis y los procesos de incidencia en la configuración de la mujer como objeto social y fuente de tanto fertilidad como enfermedad puede ser leído en este pequeño fragmento:

Todos sufrían, hombres y mujeres. Se publicaron libros con títulos como éste: «*Cómo vivir con una neurótica*» (puesto que esta clase oprimida está ahí, en vuestra cocina, lloriqueando, quejándose e importunando). Pronto empezaron a acudir también los hombres al psicoanalista –los hombres educados, ciudadanos responsables; no sólo los psicópatas- y los niños. [...] Los departamentos de psicología se convirtieron en lugares de paso, de donde salían las mujeres hacia sus antiguos puestos «adaptadas» a sus funciones tradicionales de esposas y madres. (Firestone, 1973: 89)



Estos ejemplos que pululan por el texto de Firestone, las claras definiciones de Foucault y las intrincadas relaciones evidenciadas en el entretejido social por Bourdieu pueden acercarnos a la idea de cómo estamos frente a una sociodicea masculina sin verla de forma evidente, y cómo este mismo camuflaje la vuelve más eficiente a la hora de legitimarse. Además de facilitar el entendimiento de cómo mecanismos históricos pueden ocultar la *culturalidad* de ciertos fenómenos, volviéndolos del orden de lo natural para miradas no atentas, el recorrido de los trabajos acá analizado permite establecer relaciones móviles y continuas entre los paradigmas científicos (específicamente en este caso, aquellos ligados a la acumulación de un saber sobre el sexo y formas de intervenir la sexualidad; basados en procesos de contribución al arte, la cultura y la ciencia que no son tan democráticos como parecerían querer presentarse, originados en los intentos de lectura de los cuerpos bajo condensaciones identitarias en determinados rasgos y la configuración de manuales de capacidades, espacios y caracteres sociales, por ejemplo) y las estructuras de poder que intervienen en todo el aparato social y sus construcciones.

La intención de esta breve ponencia no es la de definir minuciosamente las características de la relación entre las teorías construidas por Bourdieu y Foucault, ni tampoco es la de puntualizar cuantitativa y específicamente cada una de las coincidencias que pueden encontrarse entre las obras de cada uno: porque el interés está puesto en los resultados parciales e introductorios pero convocantes que el análisis indiciario puede ayudarnos a alcanzar, hallando en cada escrito ejemplos, coincidencias, complementariedades y superaciones que proporcionan su ayuda y abren nuevas rutas para la lectura, promesas siempre de más descubrimientos a medida que se penetra en la densidad del análisis. La ardua tarea de la visibilización (y en la medida de las posibilidades, de denuncia y deconstrucción posteriores) de marcas del sistema desigual que rige la vida social

occidental, la búsqueda de las raíces de este paradigma de bipolaridad hombre-mujer y el encierro de cada uno en compartimentaciones insuficientes, estáticas, violentas y estériles son las líneas de pensamiento que originan inquietudes como las de este trabajo: pequeños aportes a una reconsideración del campo social y su organización constitutiva y constituyente de sujetos.

Bibliografía

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Bourdieu, P. (1976). *El campo científico*. “Actes de la recherche en sciences sociales”, No. 1-2, Traducción de Alfonso Buch, revisada por Pablo Kreimer.

Firestone, S. (1973). *La dialéctica del sexo*. Barcelona: Editorial Kairós.

Foucault, M. (2012). *Historia de la sexualidad (vol. 1)*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Ginzburg, C. (1994). *Mitos, Emblemas e Indicios: Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.

Hall, S. (1994). *Codificar y decodificar*. En E. Alicia, *Teorías de la comunicación*. Buenos Aires: Hernandarias